



Des colonización del pensamiento afromexicano

Beatriz Amaro Clemente

A raíz del brutal asesinato de George Floyd en Estados Unidos, alrededor del mundo se inició un importante movimiento antirracista retomando los principios del #BlackLivesMatter (cuya traducción al español sería “Las vidas negras importan”, dicho lema es conocido también por sus siglas: BLM) que nace en 2013 como un reclamo por el racismo institucional y la brutalidad policiaca que provocó la muerte de Michel Brown y a la que se han ido sumando las de otras personas afroamericanas como Eric Garner, Tamir Rice, Sandra Bland, Ahmaud Arbery y Breonna Taylor, entre otras. A estas protestas se sumaron otros grupos racializados como los nativos americanos y latinos haciendo un frente común antirracista.

A lo largo de América Latina, el BLM generó la reflexión en torno a las múltiples formas de racismo ejercidas contra los pueblos indígenas y afrodescendientes; en ese sentido diversos colectivos afromexicanos nos dimos a la tarea de visibilizar, de manera prominente, el racismo presente en la sociedad y el Estado mexicano, una realidad que muchos se niegan a reconocer.

En México, el racismo es estructural, institucional y sistémico, manifestándose en la invisibilidad histórica, socio-

cultural, estadística y jurídica del pueblo y comunidades afromexicanas. Una prueba de ello es la exclusión de nuestra historia en los libros de texto, a tal grado que un importante sector de la sociedad afirma que “en México no hay negros”. La invisibilización de nuestra presencia ha provocado que constantemente se nos niegue la ciudadanía. O bien, instancias encargadas de la seguridad, en especial el Instituto Nacional de Migración (INM), cometen diversos tipos de abusos contra los sujetos racializados bajo la consigna: entre más melanina poseas más rigurosos se vuelven los controles migratorios y de seguridad.

Algunas organizaciones ma-



nifestamos en un comunicado que:

La discriminación racial y el racismo tienen efectos devastadores en quienes los padecemos y constituyen un obstáculo para la construcción de una sociedad igualitaria y pluricultural, impidiendo el pleno ejercicio de nuestros derechos individuales y colectivos, particularmente en las mujeres, mujeres jóvenes y niñas. (pág. 1)

Hace poco más de veinte años se empezó a escuchar la voz del pueblo negro reclamando nuestros derechos y nuestra mexicanidad. Este reclamo surgió en la región de Costa Chica, zona que comprende desde Acapulco, en el estado de Guerrero, hasta Huatulco en el estado de Oaxaca; es en este espacio donde se concentran mayoritariamente las comunidades afro-mexicanas del país. Hoy, cada vez un mayor número de mujeres y hombres jóvenes reivindican su identidad afro-mexicana y afrodescendiente, enriqueciendo el

debate e iniciando el intercambio generacional dentro del movimiento afro-mexicano.


Estas nuevas voces provienen de distintos puntos de la república y nos muestran las diversas formas de ser una persona negra, afro-mexicana o afrodescendiente, así como también las múltiples manifestaciones del racismo vivido, muchas veces normalizado en nuestra cotidianidad; los cómics y los programas de comedia han caricaturizado nuestra apariencia, se han asignado estereotipos negativos o hipersexualizados a nuestros cuerpos.

Hemos irrumpido con un pensamiento crítico que ha iniciado un intenso y necesario debate en nuestra sociedad sobre las profundas desigualdades a las que nos enfrentamos pueblos y comunidades afro-mexicanas como consecuencia del racismo estructural y la invisibilización histórica.

Tal y como dice Mónica Moreno, quien es profesora-investigadora en el Departamento de Sociología de la Universidad de Cambridge en Inglaterra: “Lo negro o el racismo antinegro es el motor del mestizaje. El racismo antindígena está ahí y también es muy importante, pero es un racismo que lo que trata es de integrar a lo indio, borrándolo pero integrándolo, en cambio lo negro es siempre un rechazo”.

Las redes sociales se han vuelto un importante espacio para evidenciar las variadas formas de discriminación y racismo en México. Sin embargo, también representan un espacio de contienda y tensión donde nuestra voz ha pretendido ser apagada por voces privilegiadas, académicas o políticas que buscan conservar los lugares de privilegio que históricamente han detentado.

Desde las investigaciones realizadas por Gonzalo Aguirre Beltrán compiladas en el libro La población Negra de Méxi-



co en 1947, han sido muchas y muchos los académicos que “nos han elegido” como un mero objeto de estudio, desarrollando sí importantes investigaciones que han permitido la visibilidad de la raíz africana en México, pero dejan de lado la posibilidad de construir verdaderos estudios socialmente comprometidos donde los afroamericanos seamos tratados como sujetos. Instituciones educativas como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) a nivel nacional, y otras tantas a nivel estatal han puesto en marcha programas y proyectos específicos para investigaciones sobre afrodescendencia.

Desde mi experiencia existen dos tipos de académicos: los primeros, aquellos que han sido acompañantes respetuosos del movimiento, mientras que otros, desde su posición de privilegio, han irrumpido en las comunidades “con buenas intenciones”, pero irrespectando los procesos de reflexión al interior de las mismas. Son éstos quienes con el pretexto de visibilizar y apoyar las demandas de reconocimiento constitucional han conseguido recursos para una multiplicidad de proyectos, foros y congresos donde curiosamente los protagonistas son los mismos académicos, hablan de nosotros sin nosotros. Y lo más grave es que han provocado la división del movimiento.

Hasta hace poco, la academia estaba acostumbrada a figurar en los espacios donde se abordaba la realidad del pueblo afroamericano y nuestras voces eran constantemente excluidas, acalladas e ignoradas. No obstante, desde la emergencia de nuestros liderazgos cuestionamos su protagonismo pernicioso. En esta revolución antirracista, son nuestras voces las protagonistas de nuestra historia, son nuestras voces las que ponen la evidencia, analizan y proponen estrategias, ante una ceguera institu-

cional y académica racista que les impide observar sus propios privilegios, tal como lo expresa Francisco Valdivieso: “cuestionando incluso el uso de las categorías analíticas, como el mismo término ‘privilegio’ o ‘cultura de privilegios’, con visiones reduccionistas de las connotaciones y denotaciones que implican dichas categorías.”¹

A partir de no pocas investigaciones y representaciones gráficas se ha formado un imaginario de cómo “ser afro-mexicano” y muchas veces la interpretación de los estudiosos no coincide con nuestra propia percepción. Nos han nombrado y descrito desde sus propios prejuicios y construcciones históricas, antropológicas, y sociológicas; e incluso han pretendido desaparecer la negritud como reclamo identitario bajo el argumento de la carga racista de este concepto y para apegarse a la oficialidad del término “afrodescendiente”. Ignoran que al no respetar los procesos de las comunidades es una forma franca de racismo, un “racismo amoroso”² donde los académicos nos niegan o dirigen la capacidad de reflexión, y nos dicen qué es lo mejor para nosotros porque, finalmente, ellas y ellos se asumen como los ‘expertos’, saben (o creen saber) lo que nos conviene, porque desde su perspectiva somos ‘incapaces’ de generar este tipo de conocimiento.

Son ellos y ellas quienes hasta ahora han escrito nuestra historia, publicando un sinnúmero de artículos y libros, algunos de ellos con errores e imprecisiones históricas, geográficas, culturales y de otra naturaleza, que no son capaces de reconocer. Su soberbia y su ambición los ha llevado a decir que tie-

1. Reflexiones del Antropólogo Francisco Javier Valdivieso Alonso, en entrevista personal el 13 de julio de 2020.

2. Racismo Amoroso es un concepto retomado por la activista y socióloga zapoteca Judith Bautista del Colectivo Copera, a partir de sus reflexiones en torno al texto “Racismo, amor y desarrollo comunitario” de Carmen Martínez.

nen más derecho que nosotros a participar en espacios de reflexión. Cuando conviene a sus intereses son académicos, miembros de la sociedad civil o voceros del gobierno, de tal manera que en no pocas ocasiones han validado las acciones de simulación del Estado Mexicano. Hay quienes incluso, en fechas recientes por conveniencia, se han (auto)reconocido como afro-mexicanos, usurpando una identidad que no les pertenece.

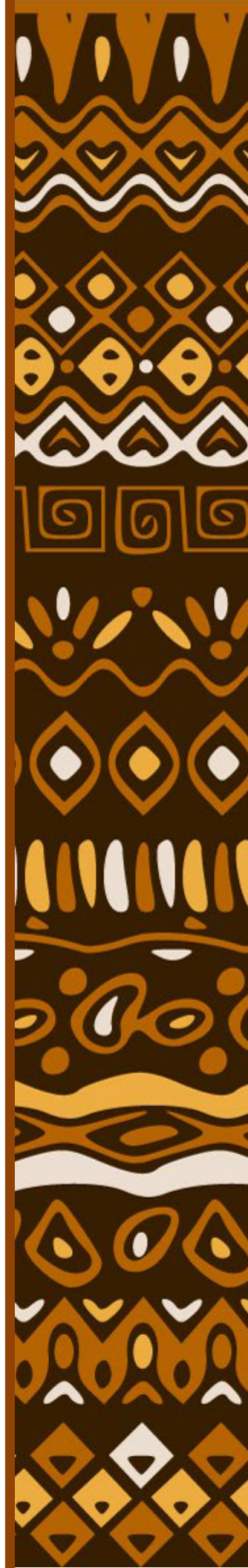
En este tenor se enmarca el reconocimiento constitucional del Pueblo Afromexicano, un reconocimiento meramente nominativo sin definición del sujeto jurídico y sin derechos específicos, mismo que fue construido desde las elites políticas y académicas que no quisieron entender que los pueblos tenemos el derecho de construir desde nuestras realidades y todo para satisfacer egos y aspiraciones personales.

A partir de la polémica sobre la posible desaparición del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED), algunos han visto amenazada su posición de privilegio y se han dedicado a cuestionar las publicaciones en las redes sociales de varias lideresas y líderes afromexicanos, pretendiendo decirnos qué pensar, qué sentir, quién nos representa o no. No quieren darse cuenta que ya no son los protagonistas, que muy a su pesar, muchos liderazgos de mujeres y de las juventudes no queremos su rectoría, porque somos perfectamente capaces de re-

flexionar sobre nuestras realidades y exigir nuestros derechos.

Por supuesto que la academia es necesaria, pero una que en el marco de un compromiso ético respete los procesos propios de las comunidades, nos otorgue la categoría de sujetos que podemos abonar en la construcción de un conocimiento horizontal. La academia debe apoyar la generación de intelectuales afromexicanos que generen su propio conocimiento, no necesitamos una academia rectora del movimiento, ni un movimiento dependiente de la academia; para ello es necesaria la descolonización del pensamiento en la investigación antropológica, sociológica, histórica, pedagógica y de todos los campos del conocimiento científico. También, se requiere un compromiso genuino de las universidades de los estados y la solidaridad de estos académicos para que haya acciones afirmativas que permitan el ingreso de estudiantes afromexicanos; así como la generación de estudios decoloniales sobre las realidades del pueblo afromexicano.

La academia debe reconocer que sus privilegios son resultado de la permanencia del racismo estructural y en consecuencia valorar la riqueza del pensamiento afromexicano en la construcción de un conocimiento horizontal que permita que se escuchen nuestras voces, especialmente de las mujeres y las juventudes afromexicanas; es tiempo de reescribir con nuevas plumas nuestra propia historia.





Referencias *bibliográficas*

Comunicado en relación a CONAPRED, Red Nacional de Juventudes y otros, 20 de junio de 2020. [fecha de Consulta 21 de julio de 2020]. Disponible en: <https://bit.ly/3b7Xr9k>

Martínez, Carmen, “Racismo, Amor y Desarrollo Comunitario”. Iconos Revista de Flacso – Ecuador 1998; No. 4, p. 98-110.

Sonia Corona entrevista a Mónica Moreno Figueroa. “El racismo es el motor del mestizaje en México”, El País, México, 3 julio de 2020, [fecha de Consulta 18 de julio de 2020]. Disponible en: <https://elpais.com/mexico/2020-07-04/el-racismo-es-el-motor-del-mestizaje-en-mexico.html>

Speed, Shanoon. “Entre la antropología y los derechos humanos. Hacia una investigación activista y comprometida críticamente.” *Alteridades*. 2006: 16(31) p. 73-85. [fecha de Consulta 10 de agosto de 2020].. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=747/74703107>